

Esta primera víctima, un agonizante ó un muerto, llevaba en la cara tan horrible herida que no era fácil reconocer en aquel semblante desfigurado el de nuestro conocido Nataniel el leproso, uno de los dignatarios del reino del Argot.

Pero ¿por qué callaban todos? ¿Por qué la feroz lucha había comenzado y se continuaba en el silencio? Entre los asesinos y su víctima había algo así como una tácita inteligencia. Ni aquéllos ni ésta querían hacerse oír. Si la alarma se producía, los bandidos tendrían que darse á la fuga dejando su obra inacabada, por lo que no recibirían el precio estipulado, y el marqués por su parte veríase reintegrado á su prisión.

En el momento en que Sed de Amor ponía los pies sobre la puerta blindada, los asesinos, todos á una, se lanzaban de nuevo contra el señor de Villanueva-Marsán.

— ¿Tendré que presenciar cómo lo matan en mi presencia? — se preguntaba el joven en el colmo de la exasperación. — ¡No, no! Diógenes y yo iremos en su auxilio...

Su férrea mano empuñó las lanas del perro.

— ¿Quieres salvarle, Diógenes? — le preguntaba, como si hablase con una persona.

Y los ojos del animal parecían decir que sí, mientras su cola movíase impaciente.

Entonces Bernardo lo levantó, imprimiéndole un movimiento de balance, y distendidos de pronto sus músculos, salió el perro disparado, como la piedra de una honda, pasando por encima de la barrera de picas...

II

EN EL QUE MATRACA BUSCA EL LUVRE

El mulo de que el escudero Matraca era propietario paseaba por las calles de París el cadáver del infortunado Juan du Gaz, el miñón herido de muerte — al parecer — por la espada del temerario provocador del duque Rolando.

Ya sabemos que, por orden de Salem-Kebir, á quien Cortomontel llamaba el diablo, el pobre Matraca hubo de acomodar el cadáver sobre su mulo, disimulándolo después lo mejor que pudo y supo con auxilio de los efectos de vestir pertenecientes á su compañero de la última noche, efectos que, como también sabemos, constituían el guardarropa con ayuda del cual el extraño y temido malhechor hubo de adquirir siniestra notoriedad, vistiendo espantajos que eran tomados por las gentes de su banda por aquellos pacíficos y temerosos viandantes á quienes el hombre atacaba en plena carretera.

Bajas las cabezas y como avergonzados de tener que servir de escolta al fúnebre convoy, el ventrudo escudero y Cortomontel habíanse decidido á abandonar cuanto antes el juego de pelota para dirigirse hacia el Luvre, término, como ya sabemos, del viaje de aquel macabro cargamento que el desconocido Salem-Kebir les confiara.

Su primer cuidado fué dar la vuelta á la casita del guarda. Detrás de ella habíán desaparecido en efecto Djaulia y Diógenes, y allí debían encontrarse aún ambos animales.

No era así sin embargo, y las investigaciones de los dos personajes resultaron de todo punto infructuosas. Por allí no había ni aun rastro de las bestias.

Era indudable que mientras ellos se hallaban de palique con el hombre de la capa, hábiles ladrones habíanse apoderado de la yegua del caballero de Arma y del inteligente perro del noble Cortomontel.

La pérdida era irreparable. Desesperados por ella, pero en la imposibilidad de diferir por más tiempo el cumplimiento de la peligrosa misión por ellos aceptada tácitamente, los dos hombres abandonaron por fin aquellos alrededores, cortaron por la calle de los Dos Angeles y ganaron la Puerta Buci.

París hallábase ya en plena actividad á aquella hora, y los dos nuevos amigos veíanse y se deseaban para impedir á los curiosos examinar de cerca la carga del mulo.

¿Por qué tal curiosidad? Sin duda por haberse hecho ya pública la noticia de que un duelo, cuyas conse-

cuencias decíanse funestas, había tenido lugar en el Prado de los Clérigos entre los miñones del rey y los del Duque de Guisa.

El duelo era la comidilla de los desocupados. No faltaba quien había visto pasar á Maugiron sostenido por sus amigos, y Riberac, Joyeuse, Schomberg y Chicot galleando y como orgullosos de su triunfo. También decíase que poco antes pasara por allí de Entragues en compañía de un joven desconocido y conduciendo un caballo y un perro.

Y he aquí que ahora aparecían otros dos hombres con un mulo misteriosamente cargado. ¿Quiénes eran aquellos desconocidos, y por qué se obstinaban en impedir todo contacto con la caballería?

La curiosidad del público avivábase por efecto de dicha obstinación, y además porque circulaba el rumor de que acababa de practicarse una detención sensacional. Tal vez el detenido iba en el mulo. Por lo que pudiera ser, burgueses y villanos se decidieron á escoltar á Matraca y á Cortomontel, quienes la verdad sea dicha no tenían previsto el colosal éxito que alcanzaban en las calles de París.

Matraca sobre todo, que desconocía la capital y sus costumbres, estaba asombrado.

— ¡Es extraordinario! — decía procurando no perder de vista á su guía. ¡Cuánta gente! Decidme, barón, es por acaso día de feria aquí el de hoy?

— ¡Más deprisa, más deprisa! — le contestó Cortomontel entrándose resueltamente por el puente San Miguel. Quisiera verme ya en la otra orilla. Esos mal-

ditos palurdos huelen los palos desde una legua lejos ; y podremos considerarnos dichosos si... Pero ¿qué veo? — exclamó parándose de pronto. — Esto es lo que se llama tener suerte... Ahí delante van el caballero, su caballo y mi condenado perro, ese demonio de Diógenes que por lo visto ya no quiere conocerme...

Habían llegado los dos hombres á un sitio en que la calle formaba un ligero recodo por desviarse hacia el monasterio de San Eloy siguiendo el trazado de unas cuantas casas construídas entre dicha vía y el patio del Palacio de justicia.

— ¿El señor caballero decís? — gritó el escudero procurando ver. — ¿Dónde, dónde está?

— Allí, ¡tripas del diablo! En el muelle, junto á la torre que forma ángulo...

Su brazo extendido señalaba el grupo formado por Entragues, Sed de Amor, Djaulia y Diógenes, grupo que en aquel momento pasaba junto á la torre llamada del reloj.

Como su escasa estatura le impedía distinguir el grupo á la distancia que de él lo separaba, Matraca hubo de subirse en un guardacantón para conseguir su propósito.

— ¡Ah, miseria! — exclamó cuando ya de aplomo pudo observar lo que su compañero le señalara; — es él, es el señor caballero.

— ¿Lo reconocéis?

— Demasiado tarde por desgracia.

— ¿Cómo demasiado tarde, noble amigo? Nunca es tarde si la dicha es buena.

— Puede. Pero ahora la desdicha, la fatalidad toma cartas en el asunto, — dijo Matraca pataleando como un chiquillo.

Cortomontel no comprendía.

— Sí, hombre, — explicó el escudero. — Mi amo es un elemento de batalla; donde quiera que va llueven palos.

— Paréceme que oléis á chamusquina, — dijo el barón de guardarropía.

— Sí que huelo; hasta aquí me llega el tufillo... Y que no va á ser lluvia sino un chaparrón de palos lo que va á caer... ¿No lo dije? Escuchad, y ved si podéis...

Era aquel el instante en que una banda de ganapanes armados, que hasta entonces permanecieran ocultos tras los contrafuertes de la Iglesia de San Pedro de los Arcos, se lanzaban hacia el muelle con el propósito evidente de cortar el acceso al puente á los dos vencedores del Prado de los Clérigos. Veinte voces gritaban al mismo tiempo:

— ¡Detenedlo! ¡Detenedlo!

— ¡Detened al hombre de la rama de muérdago!

— ¡Detened al asesino del señor de Maugiron!

Matraca, saltando al suelo, dijo á su acompañante:

— El hombre de la rama de muérdago es el señor caballero. Pero ¿quién será ese Maugiron á quien parece ser que ha enfriado?

— Un miñón ¡voto al infierno! — rugió Cortomontel. — Un querido del rey Enrique... ¡Una mujer macho!

Matraca estaba asombrado.

— ¡Una mujer macho! — dijo abriendo los ojos. —
¡Cuánto me hubiera gustado ver eso vivito y coleando!
Pero puesto que el señor caballero la ha deteriorado...
A propósito; es de suponer que la situación del señor
caballero va á ser ahora un tanto comprometidilla.

Desocupados y curiosos, acudiendo á los gritos, for-
maban una masa enorme que rodeó en un momento á
los dos hombres, mirando con desconfianza al mulo por
lo misterioso de su carga.

Matraca lo tomó de la brida.

— ¿No volaremos en su socorro? — preguntó Cor-
tomontel señalando hacia el puente.

— Muy pesado soy yo para volar, barón, — contestó
dignamente el escudero. — Pero aunque así no fuera,
no sé porqué hemos de privar á mi amo del placer de
apalear unos cuantos malandrines, de cuyas manos,
como si lo viera, saldrá él sin un rasguño.

Difficil hubiera sido distinguir lo que en aquel mo-
mento ocurría al otro lado del puente, junto al del
Cambio, pues á los alabarderos perseguidores habiase
sumado la multitud de ociosos y los que iban allí á cu-
riosear, formando entre todos una masa compacta de
la que salían gritos infernales, y en el seno de la cual
levantábanse y caían puños, armas y garrotes repa-
tiendo testarazos á diestra y siniestra.

El barón Cortomontel, sorprendido por la réplica del
ventrudo escudero, lo miró con asombro.

— ¿De modo que no queréis venir? — le preguntó.

— ¿Para qué?

— ¿Y si lo matan?

— ¿A quién? ¿A él? ¡Vamos hombre!... Hipótesis es
esa que le haría reir hasta desquijarse si pudiera
oirlo. ¡Como si tuviera él costumbre de dejarse matar!

Cortomontel movió la cabeza. La filosofía de su com-
pañero le desconcertaba.

Pero deseando hacer algo, volvióse hacia los curiosos
que les rodeaban, gritándoles con la formidable voz que
empleara en otros tiempos para dar órdenes á sus
bandidos de pega :

— ¡Atención, vosotros! Calvinistas herejotes, mogi-
gatos y condenados, quiero decir papistas, hermanos
míos, abrid un poco vuestras filas y me dejad que
pase... ¡Rayo del cielo! ¿Es que se duda? ¿Se pretende
contrariarme? Pues en ese caso, y valga por lo que
valiere, hijos míos, ¡Cortomontel y adelante!

Al oír el temido nombre prodújose entre los reunidos
un movimiento de retroceso; hubo luego empujones,
y el avisado barón aprovechó el instante de pánico que
habíase producido para lanzarse hacia adelante con los
puños levantados, y atropellando hombres, mujeres y
niños, sin preocuparse de sexos ni de edades.

Lejos de contenerle, los gritos de la maltrecha mul-
titud parecían darle alas; sin embargo, llegado al
puente, hubo de detenerse por fuerza ante el muro in-
franqueable que detuviera asimismo á los guardas del
Prevostazgo : el formado por los habituales pobladores
de la Corte de los milagros.

La maniobra de Carlos de Entragues haciendo cubrir
su retirada por los mendigos á quienes los soldados no

querían acercarse temerosos del contacto de sus repugnantes llagas, había sido muy hábil.

Dicha maniobra fué causa de que hasta Sed de Amor, refugiado según oímos en la casa del pie del diablo, no pudiese llegar el arrojado Cortomontel, quien perdido durante algún tiempo entre la multitud no pudo dar con Matraca cuando se decidió por fin á buscarle.

Convencido de que el escudero filósofo habíase vuelto atrás, sin duda por evitar los palos en primer término, y además por abstraer á las miradas indiscretas la extraña carga que llevaba el mulo, el barón pasó de nuevo el puente San Miguel, registrando enseguida todo el barrio de la Universidad sin obtener noticia alguna del buen Matraca.

— Un mulo, — pensaba el hombre — no puede pasar inadvertido, sobre todo si quien lo conduce es tan lenguaraz como ese escudero de Barbotan cuya lengua no está nunca en reposo. Quiere esto decir que si ambos imperfectos animales, el mulo y su amo y amigo mío no han sido vistos por aquí, es porque les ha ocurrido alguna desgracia... A menos que... Sí, eso es; al Luvre es á donde debo dirigirme.

Dicho y hecho. Reanudó su marcha, dió vuelta al Palacio, atravesó el puente de las Palomas costeano luego el abrevadero Papin, dejó atrás á los trabajadores que dirigidos por Androuet du Cerceau ocupábanse en plantar los primeros jalones en el sitio que debía ocupar el futuro Puente Nuevo, y llegó por fin al portillo pequeño del Luvre.

Una vez allí vióse bruscamente rechazado por el

oficial de guardia, quien consintió sin embargo un breve diálogo durante el cual le enteró de que Sidi Salem, físico del marqués de Villequier, había dado orden de que se le avisara en cuanto se presentase un paleta acompañando á un mulo.

— Según eso, — dijo Cortomontel — habéis hecho contar cincuenta pistolas á ese condenado calvinista, señor oficial... quiero decir, á ese excelente católico?

— Habíase me recomendado *reclutarlos* de oficio, á él y á su bestia, para emplearlos en los trabajos del nuevo Luvre, pero...

— ¿Pero?

— No ha habido necesidad de molestar al médico musulmán, ni porqué enviar á los trabajos á los nuevos obreros.

— ¿Y la razón?

— No puede ser más obvia. El palurdo ha tenido el buen acuerdo de olvidar la cita.

Disponíase á retirarse el barón muy contrariado, cuando hubo de hacerse á un lado para dejar pasar una silla de mano, ante la cual se abrió la puerta del postigo, cerrándose inmediatamente, apenas franqueado el umbral por el último de los portadores.

Una voz aflautada, saliendo del fondo de la silla de manos pronunció, al pasar, este extraño santo y seña: « Amor y francachela ». Al mismo tiempo apareció en la portezuela una dama gruesa con la cara tapada por un antifaz, ornada de plumas la cabeza y llenos los dedos de sortijas, que añadió sonriente:

— ¡Eh, vizconde! Esta noche teníamos á la Mariola que ha deplorado mucho vuestra ausencia...

Al ver lo poco que de la dama se veía, y sobre todo al oír su voz, Cortomontel se detuvo, revelando en su rostro el más inmenso estupor.

— ¡Imposible! — se decía — ¡Imposible! Es una alucinación, sin duda... ¿Cómo y por qué entraría ella en el Luvre como una princesa?

Perplejo hasta lo indecible, acercóse de nuevo al gentilhombre.

— Señor oficial — le dijo — ¿puedo haceros una pregunta?

El titulado vizconde, sin acordarse ya del importuno pensaba tan sólo en Mariola, la morena bella como napolitana, parecíale oír sus canciones, admirar sus danzas, sentir la embriaguez de sus caricias, y desesperábase por haber perdido tan hermosa ocasión. Ciertó que la fiestecita había terminado de un modo deplorable en el Prado de los Clérigos. Pero no lo era menos que una sonrisa de Mariola valía la pena de exponerse á dar ó recibir una estocada.

Sacado de su éxtasis por el importuno, dió media vuelta preguntando con acritud :

— ¿Otra vez?

Sin cortarse, el hombre preguntó :

— Podríaís decirme si la dama que acaba de salir es la señora baronesa de...

Una formidable carcajada impidió á Cortomontel terminar su frase.

— ¡Una baronesa! — decía riendo el oficial. — ¡La

Pulpa una baronesa! Saber quisiera yo de qué agujero habéis salido para ignorar quién es la Pulpa, directora de la casa de las Miñonas y la más célebre tercera de la villa y corte de París... ¡Baronesa ella! Vamos, hombre, volveos á vuestro agujero cuanto antes... ¡Ja, ja, ja!...

Y siguió riendo como un descosido.

Cortomontel no pudo saber nada más acerca de lo que le interesaba.

— ¡Mirtila! ¡Mirtila! — decía retirándose. — ¿Será posible que me haya equivocado hasta ese punto?... Y es que la imagen de esa maldita bruja me persigue por todas partes... No, no es ella, no es ella... ¿Cómo demonios había de llamarse la Pulpa la señora de Cortomontel... ¡Imposible!... Pero hay días de mala luna, y hoy es uno de ellos; en poco tiempo he perdido á mi amo, á mis bandidos, á mi compañero y á mi perro... ¿Qué puede ocurrirme de malo todavía, señor? Como si lo viera, ese maldito bearnés se dejará apresar con el cadáver, y hablará de mí... Claro es que Salem-Kebir se las arreglará para que no le suceda nada; pero para el escudero y para mí...

Friccionóse un momento el cuello, añadiendo enseguida :

— Sí, eso, la cuerda; nos ahorcan sin remisión.

Apresurémonos á decir que los siniestros temores de Cortomontel eran, por lo menos, prematuros.

Al iniciarse la contienda del puente del Cambio, el primer cuidado de Matraca, que vió cómo Cortomontel atravesaba las compactas filas de la multitud, fué el de

deslizarse en su seguimiento por entre los grupos de curiosos hostiles. Sin embargo, una vez franqueda la más importante barrera humana, empujó hábilmente su mulo hacia una calle que á derecha mano abriase ante él, en la que reinaba la más completa soledad.

En ella se lanzó Matraca, fingiendo ir en persecución del mulo que se le escapaba, por lo que nadie pensó en seguirle, tanto más cuanto que la refriega del puente acaparaba la atención del público.

Una vez en salvo, el pobre Matraca vióse detenido nuevamente por una dificultad imprevista. ¿Cómo continuar su camino sin la ayuda de Cortomontel que conocía las calles de Paris? ¿Cómo llegar hasta el Luvre cuya situación ignoraba?

Tomando al mulo por la brida siguió adelante, confiando en la casualidad; atravesó el puente de Nuestra Señora é instintivamente torció á la derecha.

— El Luvre — pensaba — debe verse de lejos; mucho ha de ser que no logre encontrarlo.

Pero las casas sucedían á las casas y las calles á las calles sin que á los ojos del pobre escudero se ofreciese edificio alguno con aspecto de palacio. Para colmo de desdichas, su estómago comenzaba á quejarse imperiosamente.

Frente á él se abría una calle : era la del Pie del Diablo, por la que penetró resueltamente sin sospechar siquiera que en ella estaba el domicilio de Entragues en el que á la sazón reponían sus fuerzas el caballero de Arma, su yegua Djaulia y el perro Diógenes.

Una carroza hallábase detenida en el extremo de la

calle, entre la puerta de una casa de baños y la reja de un jardín bastante bien cuidado.

— ¡Eh, buen hombre! — dijo el bañero que tomaba el fresco á la puerta de su establecimiento; — ¿llevas por acaso esos trapos á casa de mi amigo el Atrevido?

— ¡No! — contestó el bearnés.

— En ese caso, para un poco y veamos si podemos entendernos, en el supuesto de que no seas muy exigente.

— Estos trapos no se venden.

— Como quieras; — contestó el bañero; — pero conste que pierdes una ocasión de enriquecerte.

Matraca torció el gesto. De buena gana hubiese vendido aquellos trapos aunque no eran de su pertenencia; pero ¿cómo hacerlo sin descubrir el cadáver que ocultaban?

— ¡Un negocio reventado! — suspiró. — Lo menos me pierdo sesenta dineros. Con eso, y con que no encuentre el palacio donde me esperan las cincuenta pistolas, podré decir que me he lucido. Mal, pero muy mal se ha portado conmigo el señor caballero... ¡Abandonar así á un amigo, casi un hermano! La verdad, yo le creía menos egoísta.

Arreó de nuevo al mulo, que volvía de vez en cuando la cabeza para husmear su fúnebre carga, y se detuvo enseguida, apenas dejara atrás la carroza, junto á la verja del jardín de que antes hablamos. Un gentil-hombre, de espaldas á la calle, conversaba en él con una dama, en la que Matraca reconoció en el acto á la reemplazante de Pierrila, á la que acompañara á las

señoras de Villanueva-Marsán en su viaje desde Bona-guil hasta Paris.

El caballero no era otro que el duque de Nemours en persona.

Matraca se detuvo á escuchar.

— Deliciosa Huming, — decía el duque — nada más aburrido que las reuniones de la Pulpa durante tu ausencia. Sospecho que la Villanueva no ha de ser tan deseable como tú; y si no fuera porque he prometido á la reina Catalina...

— Me ofreceríais á mi el título de duquesa, ¿no es así? terminó irónicamente la inglesa.

— Mi palabra.

Digamos aquí, como explicación necesaria, que miss Huming acababa de salir de las habitaciones de la reina madre, y que, obedeciendo sus órdenes, había dejado á Gaultfaraut, el flamante marqués, en la vecina casa de baños, presentándose enseguida en el domicilio de Saboya-Nemours con la intención de enterarle de que en ella tendría una aliada en el campo enemigo.

— ¿No os parece, señor duque, — continuó diciendo — que debemos dejar bromas aparte para ocuparnos tan sólo del objeto de mi visita? Sabed pues que estoy y seguiré estando por ahora agregada al servicio de la señorita Solange, vuestra prometida; y como habéis tenido la suerte de salir indemne de ese duelo con...

El duque la interrumpió.

— Tienes razón, hermosa amiga : — dijo. — Para perder el tiempo en chicleos precisa ser Enrique de Navarra... Conque vamos á ver : yo no comprendo que

un hidalguete de pueblo pueda ser tan formidable esgrimista. ¿Conoces tú bien á ese caballero de Arma?

Matraca se puso en guardia al escuchar estas palabras, escondiéndose cuanto le fué posible tras el mulo, que sin el menor respeto ramoneaba los tallos á través de la reja.

— Personalmente, — respondió la inglesa — no le conozco; pero he tenido ocasión de observarle bien durante todo el viaje, y puedo aseguraros que lo que me dijeron de él es archifalso... No sólo no es un mujeriego, sino que, por el contrario, en materia de amores me resulta tímido y hasta bastante torpe. Son muchas, pero muchas, las veces que se ha acercado á la señorita de Villanueva; sin embargo, puedo certificaros que su contacto no ha manchado, ni aun ligeramente, la aureola de inocencia de esa joven. Además, no podía atreverse á nada, pues llevaba en su compañía á un ser ridículo, grotesco.

— ¿Un pariente?

— No : una especie de escudero.

Matraca sintió que sus mejillas se coloreaban.

— ¡Inglesa! — murmuró creyendo formular un insulto contra la joven.

— Sin embargo, — continuó diciendo el gentilhombre — ese criado debe haberse separado de él, porque en la casa de las miñonas estaba solo. Pero eso importa poco : lo esencial es ponerlo en condiciones que no pueda estorbarnos, y algo debe haberse hecho en ese sentido á la hora presente.

— Así lo creo; — dijo la inglesa. Pero hablemos de

vuestra prometida. Tendréis que presentaros para hacerle la corte... Cuando eso suceda ya la habré yo preparado.

— Gracias Huming; tus servicios te serán tenidos en cuenta... para después de mi boda. Y si es que puedes facilitarme el medio de hacer encerrar á mi joven esposa en un convento...

— Adela de Givors se alegrará, ¿verdad?

— ¡Hum! Ella ó tú, una de las dos. Dime ahora una cosa: ¿puedes presentar testigos de esas entrevistas de los dos jóvenes en el parque de Bonaguil?

La inglesa sonrió enigmáticamente.

— Hasta la vista, señor duque; — dijo enseguida. — Eso dependerá del precio que fijéis.

Matraca no quiso oír más. Comprendiendo que el diálogo tocaba á su fin, echó á andar con el mulo portador del cadáver de Juan du Gaz.

El hombre estaba indignado, y mientras se dirigía hacia la iglesia de Santa Catalina del valle de los escolares, iba rezongando :

— Mentira parece, Señor, que haya en el mundo criaturas tan venales... Pero ¡por todos los diablos! ¿en qué cueva se ocultará ese dichoso Luvre? ¿Llegaremos á él hoy, ó dentro de un año?

Y he aquí que cuando menos lo esperaba, hallóse frente á una especie de castillo feudal flanqueado por ocho torres,

— Sospecho que ahí lo tenemos; — pensó el hijo de Garrote. — Mal gusto tiene el rey... Su palacio, más que tal, parece una cárcel. En fin, vamos allá...

Y dando palmaditas en las ancas del mulo, añadió :

— Menudo hartazgo vamos á darnos con las cincuenta pistolas que ahí nos aguardan...

Una cosa extrañaba sobremanera á Matraca : no ver en torno al palacio más que edificios derrumbados. A su izquierda aparecía en efecto, á medio demoler, el inmenso palacio de las Torrecillas, mientras que á su derecha una legión de obreros ocupábase en derribar el Hotel San Pablo.

Si el ventruado escudero hubiera sabido qué edificios eran aquellos, habríase impuesto del error en que incurría creyendo de buena fe hallarse en el Luvre. Pero como lo ignoraba en absoluto, fuese derechamente á llamar en el que le pareció ser el más pequeño postigo del castillo de las ocho torres, que, como el lector habrá adivinado ya, no era otro que la Bastilla.

— ¡A las armas! — rugió una voz en el interior.

— Por lo visto nos toman por formidables guerreros; — pensó el pacífico Matraca, quien vió abrirse enseguida la mirilla del postigo.

— ¿Qué queréis? — preguntó un hombre de semblante poco tranquilizador.

— ¿Estoy en el castillo del rey? — dijo Matraca con la más humilde voz de que le era dado disponer.

Y fuele respondido en el acto :

— Todos los castillos son del rey.

— Bueno, pero ¿es este el Luvre?

La contestación esta vez fué una carcajada formidable.

— ¡El Luvre! — dijo la voz. — Y pregunta si está en el Luvre, con esa voz de carraca.

— Sabed que mi nombre es Matraca.

Las carcajadas redoblaron.

— Carraca ó Matraca, ¿qué más da? Pero sepamos : ¿á quién queréis ver en el Luvre?

— A un hombre cuya cara no me es conocida, pero que se llama, según me han dicho, Salem-Kebir.

— ¡El maldito pagano! — gruñó la voz. — Bueno, pues salid por esa puerta de la derecha, y una vez fuera seguid la prolongación de vuestra nariz y os encontraréis en el Luvre. ¡Adiós, amigo!

Cerróse la mirilla, y Matraca, de todo punto desconcertado, continuó su camino á la ventura.

Contar cuanto le sucedió pasada la puerta de San Antonio, fuera en verdad prolijo. Cumple al interés de nuestra historia consignar que durante todo el día erró de aquí para allá, atezado por el hambre y diciendo pestes contra el mulo, contra el cadáver y contra si mismo, perdido en la inmensidad del bosque de Vincennes.

Anochece ya cuando por un sendero lateral, paralelo al camino de caza que él seguía, vió pasar como una tromba á un jinete precedido de un perro.

— ¡Válganme los santos todos del paraíso! Juraría que el señor caballero está difunto, muerta su yegua Djaulia y reventado Diógenes y que son sus sombras las que acabo de ver pasar por ahí...

Santiguóse devotamente, y al abrir los ojos, que cerrara un instante como para huir la fantástica visión,

quedó asombrado al observar que frente á él se destacaba el perfil de una nueva fortaleza, de otra torre enorme.

Aquella vez sí que no se equivoecaba : la torre debía ser el Luvre...